

mañana le enviaré á buscar, y le daré instrucciones. Y ahora, hermosa mía, cenemos como habéis dicho, continuó el duque, echando una mirada llena de complacencia sobre los dos sillones, los cubiertos y los almohadones.

Sentáronse á la mesa con semblante tan placentero, que Francineta misma, á pesar de la experiencia que su calidad de camarera le daba sobre las maneras del duque y el carácter de su señora, creyó que ésta se hallaba completamente tranquila, y el duque lleno de la mayor confianza,

V

Los partidarios

El caballero á quien Canolles saludó con el nombre de Richón, había subido al primer piso del parador del Becerro de Oro, y cenaba en compañía del vizconde.

Á éste era á quien el joven esperaba impaciente, cuando la casualidad le había hecho testigo de los preparativos hostiles del duque de Eperón, dándole al mismo tiempo ocasión de prestar al barón de Canolles el servicio que ya hemos referido.

Richón había salido de Paris ocho dias antes, y de Burdeos aquel mismo día; por consiguiente era portador de noticias recientes sobre los negocios algo embrollados que de Paris á Burdeos se urdian entonces por medio de tramas que causaban general inquietud. Á medida que hablaba, ya de la prisión de los principes, que era la orden del día, ya del parlamento de Burdeos, que era la potencia motriz, ya del señor de Mazarino, que era el rey del momento, el joven observaba en silencio su fisonomía enérgica y atezada, su mirada penetrante y llena de firmeza, sus dientes blancos y agudos, que asomaban bajo su largo bigote negro, signos diversos que presentaban en Richón el verdadero tipo del oficial de fortuna.

— ; Según eso, dijo el vizconde al cabo de un rato, la señora princesa estará en Chantilly á estas horas !

Es sabido que se designaba así á las dos duquesas de Condé; sólo que á la duquesa madre se la agregaba el título de viuda.

— Sí, respondió Richón; y allí os espera lo más pronto posible.

— ¿Y en qué situación se encuentra?

— ¡Ah! en un verdadero destierro: se la vigila con el mayor cuidado, lo mismo que á su suegra: porque se teme en la corte que no se sujeten á las gestiones del parlamento, y que maquinen alguna cosa más eficaz á favor de los príncipes. Por desgracia, como siempre acontece, el dinero... Á propósito de dinero, ¿habéis cobrado el que os debían? Es una pregunta que se me ha encargado con mucho interés hiciese.

— ¡Psi! dijo el vizconde, con mil trabajos he recogido unas veinte mil libras que están allí en oro. ¡Eso es todo!

— ¡Eso es todo! Cáspita, y qué alto picáis, vizconde. Bien se deja ver que sois millonario: ¡hablar con tal desprecio de semejante suma en tal momento! Con veinte mil libras vamos á ser menos ricos que el señor de Mazarino, pero seremos más ricos que el rey.

— ¿Según eso creeréis, Richón, que esa humilde ofrenda será aceptada por la princesa?

— Con toda el alma; pues si le lleváis con que poder pagar un ejército.

— ¿Creéis que será menester?

— ¿Qué? ¿un ejército? ciertamente, y no nos ocuparemos en otra cosa. El señor de Laroche-foucault ha alistado á cuatrocientos nobles, bajo pretexto de hacerles asistir á las exequias de su padre. El señor duque de Bouillon vá á ponerse en marcha para la Guiena con igual número, si no es mayor. El señor de Turena ha prome-

tido hacer una asomada en París, con el fin de sorprender á Vincennes y robar á los príncipes por medio de un golpe de mano: para esto tendrá unos treinta mil hombres, todo su ejército del Norte que ha sobornado del servicio real. ¡Oh! las cosas marchan perfectamente, continuó Richón, vivid tranquilo; yo no sé de cierto si tendremos gran tarea, pero si estoy seguro que daremos mucho ruido.

— ¿Y no habéis encontrado al duque de Epernón? interrumpió el joven, cuyos ojos chispeaban de júbilo al oír esta enumeración de fuerzas, que le prometía el triunfo del partido á que estaba agregado.

— ¿Al duque de Epernón? preguntó el oficial de fortuna abriendo tantos ojos. ¿Dónde queréis que le haya encontrado? Yo no vengo de Agén sino de Burdeos.

— Pudierais haberle encontrado á pocos pasos de aquí, dijo el vizconde sonriendo.

— ¡Ah! es justo. ¿No habita por estas cercanías la bella Nanón de Lartigues?

— Á dos tiros de mosquete de este parador.

— ¡Bueno! Esto me explica la estancia del barón de Canolles en el Becerro de Oro.

— ¿Le conociais?

— ¿Á quien? ¿al barón? Sí; y aun casi podría decir que soy su amigo, si el señor de Canolles no fuera de la más acendrada nobleza cuando yo no soy más que un pobre plebeyo.

— Plebeyos como vos, Richón, valen tanto como los príncipes, en la situación en que nos hallamos. — ¿Y sabéis también que yo he libertado de una paliza, ó acaso de otra cosa peor, á vuestro amigo el barón de Canolles?

— Sí, me ha principiado á hablar acerca de eso, pero no le he acabado de escuchar: estaba impaciente por

subir á vuestro lado. — ¿Estáis seguro de que no os ha conocido?

— No es fácil conocer á quien no se ha visto jamás.

— Es verdad; debería haber dicho si lo ha adivinado.

— En efecto, repuso el vizconde, mucho me miraba... Richón se sonrió.

— Ya lo creo, dijo, no todos los días se encuentran hidalgos de vuestra catadura.

— Me parece un caballero muy jovial, repuso el vizconde después de un momento de silencio.

— Jovial y bueno; un alma hermosa y un buen corazón. El Gascón, ya sabéis que nunca es mediano; ó es excelente, ó no vale nada; y ese es de buena ley. Lo mismo en amores que en la guerra, es á la vez un gallito y un valiente capitán; siento mucho que sea nuestro contrario. Y á la verdad, ya que la casualidad os ha puesto en relaciones con él, habríais debido aprovecharos de la ocasión y ganarle para nuestra causa.

Un fugitivo rubor pasó rápido como un meteoro por las pálidas mejillas del vizconde.

— Me ha parecido muy trivial vuestro amigo, contestó.

— ¡Válgame Dios! respondió Richón con esa filosofía melancólica que se encuentra á veces en los hombres más vigorosamente templados; ¿tan formales y puestos en razón somos nosotros los que manejamos con imprudentes manos la tea de la guerra civil, cual si tuviésemos en ellas un cirio de iglesia? — ¿Es hombre formal ese señor coadjutor, que con una palabra calma y alborota á Paris? ¿Es muy serio ese señor de Beaufort, cuya influencia en la capital es tal que se le llama el rey de los mercados? ¿Tenéis por mujer muy formal á esa señora de Chevreuse, que quita y pone ministros á su antojo? ¿Es una mujer muy seria la señora de Longueville, que

por espacio de tres meses ha sido dueña absoluta de las casas consistoriales? — ¿Lo es por último, esa misma princesa de Condé, que ayer aún no se ocupaba más que de vestidos, alhajas y diamantes? — En fin, ¿es un jefe de partido muy serio el señor duque de Enghien, que juega todavía á los polichinclas con las mujeres, y que acaso será el primero que transforme á toda Francia? Últimamente, yo mismo, si permitis que mi nombre tenga cabida después de tantos otros tan ilustres, ¿soy un personaje muy grave, yo, el hijo de un tahonero de Angulema; yo, antiguo criado del señor de Laroche-foucault; yo, á quien mi amo en vez de una blusa ó una capa, ha entregado una espada, que puesta bravamente á mi lado me ha convertido en guerrero? Y sin embargo, ved aquí al hijo del tahonero, al antiguo ayuda de cámara del señor Laroche-foucault, transformado en capitán: vedle conducir una campaña de cuatrocientos ó quinientos hombres, con cuyas vidas vá á jugar como si Dios le hubiese dado derecho sobre ellas: vedle aquí marchando por la vía de los grandes hechos, expuesto á ser coronel, gobernador de una plaza, y ¿quién sabe? Vedle en estado de llegar á tener tal vez entre sus manos durante diez minutos, una hora ó un día, el destino de un reino. Ya veis que es cosa que parece un sueño, y sin embargo, yo lo tendré por realidad hasta que llegue un día en que una gran catástrofe me despierte.....

— Y ese día, repuso el vizconde, desgraciados de los que os despierten, Richón, porque seréis un héroe.....

— Un héroe, ó un traidor, según que seamos los más fuertes ó los más débiles. — En tiempo del otro cardenal, me habría yo mirado bien, porque jugaba la cabeza.

— Vamos, Richón, no me queráis hacer creer que esas consideraciones pueden detener á un hombre como vos,

á quien se cita como uno de los más valientes soldados del ejército.

— ¡ Eh! sin duda, dijo Richón con un inesplicable movimiento de hombros: he sido valiente cuando el rey Luis XIII con su semblante pálido, su cordón azul y sus ojos brillantes como carbunclos, gritaba con voz de trueno mientras que se mordía el bigote: « ¡ Avanzad, caballeros! ¡ el rey os mira! » Pero cuando tenga que encontrar, no á mi espalda sino enfrente de mí, sobre el pecho del hijo ese mismo cordón azul, que mis ojos ven aun sobre el pecho del padre; cuando me vea precisado á gritar á mis soldados: « ¡ Fuego contra el rey de Francia! » este día, continuó Richón moviendo la cabeza, temeré, vizconde, y teniendo miedo, tendré que dar con todo al través.

— ¿ Qué hierba habéis pisado hoy, mi querido Richón, para mirarlo todo por el lado peor? dijo el joven. La guerra civil es una cosa triste, bien lo sé, pero á veces es necesaria.

— Si, como la peste, como la fiebre amarilla, como el vómito negro, como el tabardillo. ¿ Creéis, por ejemplo, muy necesario, señor vizconde, que yo que he apretado con tanto placer esta noche la mano de ese guapo Canolles, vaya mañana á traspasarle el pecho de una estocada, tan sólo porque sirvo á la señora princesa de Condé, que se burla de mí, y al señor de Mazarino, á quien miro con indiferencia? Pues esto tendrá que suceder.

El vizconde hizo un movimiento de horror.

— Á no ser, continuó Richón, que yo me engañe, y sea él quien me atraviese el pecho de un modo cualquiera.

— ¡ Ah! vosotros no comprendéis la guerra, no veis más que un mar de intrigas, en el que os zambullís como en vuestro natural elemento; y aun hay mas, el otro día se

lo decía á su alteza, y convino en ello, os halláis en una esfera, desde la cual los fuegos de artillería que nos destrazan os parecen fuegos artificiales.

— En verdad, Richón, dijo el vizconde, me asustáis; y si no estuviese seguro de que habéis venido para protegerme, temería ponerme en camino; pero con vuestra escolta, añadió el joven tendiéndole su pequeña mano al partidario, nada me arredra.

— Mi escolta, dijo Richón, ¡ ah! sí, tenéis razón, y ahora me hacéis pensar en eso. Pero tendréis que pasáros sin mi escolta, pues cada uno tiraremos por nuestro lado.

— ¿ Pues no debéis volver acompañándome hasta Chantilly?

— Es cierto que debía volver en el caso de que no fuese necesario aquí; pero, como os decía hace poco, ha crecido tanto mi importancia, que he recibido la orden positiva de la princesa de no dejar las cercanías del fuerte, sobre el cual parece que se tienen proyectos.

El vizconde soltó una exclamación de terror.

— ¡ Partir así, sin vos! exclamó: partir con ese venerable Pompeyo, que es cien veces más medroso que yo, y tener que atravesar la mitad de Francia sólo, ó algo más. ¡ Oh! no partiré, lo juro: creo que me moriría de miedo antes de llegar.

— ¡ Y qué, señor vizconde! replicó Richón soltando la risa, ¿ no os acordáis ya de la espada que lleváis al lado?

— Reid cuanto os dé la gana, tanto mejor; pero no partiré. La princesa me ha prometido que me acompañarais, y sólo con esta condición he podido aventurarme.

— Será lo que os acomode, vizconde, dijo Richón con fingida gravedad. — Mas de cualquier modo, vuestra presencia es indispensable en Chantilly, y ya sabéis que los

principes no tardan mucho en perder la paciencia, mayormente cuando esperan dinero.

— Y para colmo de la desgracia, dijo el vizconde, es menester que camine de noche....

— Tanto mejor, repuso Richón riendo: así no se notará que tenéis miedo, y no dejaréis de encontrar alguno más medroso que vos, á quien le haréis huir.

— ¿Lo creéis así? dijo el vizconde mal seguro, á pesar de esta promesa.

— ¡Bah! Y además, dijo Richón, hay un medio de conciliarlo todo. Vuestro temor es por el dinero, ¿no es cierto?

— Pues bien, dejádmelo á mí, y yo lo mandaré por medio de tres ó cuatro hombres de mi confianza. — Pero de todos modos, el mejor medio de que llegue es llevándole vos mismo.

— Tenéis razón, voy á partir, Richón; y como es necesario ser valiente del todo, también llevaré el dinero. Yo creo que S. A., según lo que vos me habéis dicho, tiene más necesidad de dinero que no de mí, y acaso sería mal recibido no llevándolo.

— Bien os había yo dicho cuando entré, que teniais el aire de héroe; pero además á cada paso se encuentran soldados del rey, y aun no estamos en guerra: sin embargo, no os fiéis mucho, y prevenid á Pompeyo que cargue sus pistolas.

— ¿Eso me lo decís por tranquilizarme?

— Sin duda. El que conoce el peligro no se deja sorprender: partid, pues, continuó Richón levantándose; la noche está hermosa y antes del día podréis llegar á Monliú.

— Pero el barón vá á espiar nuestra partida.

— ¡Oh! en este momento estará ocupado en lo que

acabamos de hacer nosotros, es decir, que estará cenando; y por poco que sea durará su cena más que la nuestra, pues es muy buen gastrónomo para dejar la mesa sin un poderoso motivo. Además, yo bajaré á entretenerle.

— Entonces disculpadme de mi falta de atención con él. No quiero, que si me encuentra algún día en menos generosa disposición que lo estaba hoy, me arme disputa; pues me parece que debe ser vuestro barón la suma susceptibilidad.

— Habéis acertado; y más aún sería hombre capaz de seguiros hasta el cabo del mundo por cruzar la espada con vos. Pero permaneced tranquilo; yo le haré presente vuestra atención.

— Si, pero tened cuidado de entretenerle hasta que yo parta.

— ¡Dale! no me separaré de él.

— ¿Y para S. A. no tenéis ninguna comisión?

— Ya lo creo, me recordáis la más importante.

— ¿Le habéis escrito?

— No, sólo hay que decirle dos palabras.

— ¿Cuáles?

— *Burdeos-Sí.*

— ¿Ya sabrá lo que eso quiere decir?

— Perfectamente. Y sobre estas dos palabras puede partir con toda seguridad: decidla que yo respondo de todo.

— Vamos, Pompeyo, dijo el vizconde al viejo criado, que asomaba en este momento la cabeza por el hueco de la puerta que acababa de entreabrir. — Vamos, mi amigo, tenemos que partir.

— ¡Oh! ¡oh! partir, dijo Pompeyo. ¿Lo ha pensado bien, señor vizconde? Se prepara una horrorosa tempestad.

— ¿Qué estáis ahí diciendo, Pompeyo? dijo Richón; ¡si no hay una nube en el cielo!

— Pero de noche se puede perder el camino.

— Es cosa difícil: no hay más que seguir la carretera, y además hace una luna que da gozo.

— ¡Luna! ¡luna! murmuró Pompeyo; ¡bien podéis comprender que lo que yo digo no es por mí, señor Richón!

— Sin duda, dijo Richón; ¡un veterano!

— Habiendo hecho la guerra contra los españoles, y habiendo sido herido en la batalla de Corbia... continuó Pompeyo pavoneándose.

— No se tiene miedo á nada, ¿no es así? ¡Pues bien! eso es lo que conviene, porque el señor vizconde no está del todo firme, os lo aviso.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Pompeyo palideciendo; ¿tenéis miedo?

— Pero no en tu compañía, mi bravo Pompeyo, dijo el joven. Te conozco bien, y sé que te dejarías matar antes de que llegaran hasta mí.

— Sin duda, sin duda, respondió Pompeyo; pero no obstante, si tenéis miedo, á pesar de eso, será mejor dejarlo para mañana.

— No puede ser, mi buen Pompeyo. — Transporta ese oro á la grupa de tu caballo, que al momento voy á juntarme contigo.

— Esta es una suma muy considerable para exponerla á la noche, dijo Pompeyo suspendiendo la alforjilla.

— No hay peligro; á lo menos así lo dice Richón. — Veamos; ¿están las pistolas en sus fundas, la espada en la vaina y el mosquetón pendiente de su gancho?

— Sin duda olvidáis, respondió irguiéndose el viejo escudero, que el que ha sido soldado toda su vida no

se deja coger en falta. Sí, señor vizconde, cada cosa está en su puesto.

— ¿Veis? dijo Richón, ¡para que tengáis miedo con semejante compañero! — ¡Ea! ¡buen viaje, vizconde!

— Gracias por el deseo; pero el camino es bastante largo, respondió el vizconde con un resto de angustia que no podía disipar el aire marcial de Pompeyo.

— ¡Bah! dijo Richón, todo camino tiene principio y fin. Haced presentes mis respetos á la princesa: decidla que soy suyo y del señor de Larochehoucault hasta la muerte; y no olvidéis las dos palabras en cuestión: *Burdeos-Sí*. Yo me voy á entretener al señor de Canolles.

— Decid, Richón, repuso el vizconde deteniéndole por el brazo en el momento de poner el pie en la primera grada de la escalera; si ese Canolles es tan bravo capitán y tan buen hidalgo como habéis dicho, ¿por qué no hacéis alguna tentativa para atraerle á nuestro partido? ¿Podría juntársenos, bien en Chantilly, bien durante el viaje, y como algo conocido mío, yo le presentaría.

Richón miró al vizconde con una sonrisa tan singular, que habiendo leído aquel sin duda sobre la fisonomía del partidario lo que pasaba en su corazón, se apresuró á decir:

— Por último, Richón, haced cuenta que nada os he dicho, y obrad en adelante como mejor os parezca. — ¡Adiós!

Diciendo esto le tendió la mano, y se internó con viveza en su habitación, ya sea temeroso de que Richón viese el rubor repentino que había cubierto su rostro, ó bien temiendo ser oído de Canolles, cuyas estrepitosas voces llegaban hasta el primer piso.

Dejó, pues, al partidario bajar la escalera seguido de Pompeyo, que llevaba con aparente descuido la balija,

para que no pudiesen sospechar lo que contenía; y después de algunos minutos más, miró con interés á uno y otro lado para asegurarse de que nada se le olvidaba, apagó las luces, bajó á su vez con precaución, aventuró una tímida ojeada á través del hueco luminoso de la puerta de una saia baja; y embozándose después en una capa gruesa que le presentó Pompeyo, puso su pequeño pie entre las manos de su escudero, saltó con ligereza sobre su caballo, reprendió un instante sonriendo la lentitud del veterano, y desapareció entre la sombra.

En el momento de entrar Richón en la sala de Canolles á quien debía entretener mientras que el vizconde acababa de hacer sus preparativos de marcha, un *hurra* de alegría lanzada por el barón, medio tendido en su silla, le dió á conocer que no le tenía rencor.

Sobre la mesa, y entre dos cuerpos diáfanos que habrían sido botellas llenas, se elevaba rechoncha y orgullosa por su rotundidad, una ampolla sobretejida de juncos, por cuyos intersticios hacia brotar centellas de topacios y rubíes la viva luz de cuatro bujías. Era un soberbio frasco de esos vinos rancios de Coliure, cuyo licor meloso apetece saborear un paladar ya enardecido por otros licores. Allí se encontraban los hermosos higos secos, las almendras, los bizcochos, los apetitosos quesos y las sabrosas aceitunas y alcaparras, ricamente adobadas, revelando el cálculo interesado del posadero; cálculo cuya sabia exactitud denotaban dos botellas vacías y una ya mediada. En efecto, era indudable que todo el que llegase á parar en aquel provocador desierto, haría necesariamente, por muy sobrio que fuese, un considerable consumo de líquido.

Canolles no deseaba hacerse anacoreta. Canolles era de familia protestante, y mal que bien profesaba también

la religión de sus padres; y puede ser que en su calidad de hugonote no creyese en la canonización de esos piadosos solitarios que habían ganado el cielo bebiendo agua pura y comiendo simplemente raíces. Así, pues, por muy triste, ó muy enamorado que estuviera, Canolles jamás era insensible á los vapores de un buen plato, á la vista de esas botellas de forma particular, y á los tapones, circundados de lacre rojo, verde ó amarillo, que fielmente aprisionan la más pura sangre de la Gascuña, Borgoña ó Champaña. En aquella cena había Canolles, como de costumbre, cedido á los encantos de la vista; de la vista había pasado al olfato; del olfato al gusto; y como de los cinco sentidos con que le dotaba esa buena madre común que llaman señora, Naturaleza, tenía ya tres completamente satisfechos, los otros dos prestaban buenamente paciencia y esperaban su turno con una resignación digna de un santo.

En este momento fué cuando entró Richón, y halló á Canolles bamboleándose sobre su silla.

— ¡ Ah! Venid, exclamó este último, llegáis muy á propósito, mi querido Richón; necesitaba encontrar alguno á quien hacerle el elogio de Maese Biscarrós, y ya me veía precisado á encomiárselo á este belitre de Castorin, que no sabe lo que es beber, y á quien nunca he podido enseñar á comer. Venid, mirad estos atalajes, querido; tendad la vista sobre esa mesa, á la que os convido á tomar asiento. El posadero del Becerro de Oro es un verdadero artista, ¿ no es así? — Trato de recomendarle á mi amigo el duque de Eperón. — Escuchad esta lista de manjares, y juzgad, Richón, vos que sabéis apreciar su mérito: pepitoria, — ensalada de ostras marinas, anchoas, pajarillos, — un capón, — aceitunas y una botella de Medoc, cuyo cadáver está ahí;

una cándida perdiz, — guisantes acaramelados, — gelatina de guindas, remojado todo con una botella de Chambrin que yace ahí: además, esos postres acompañados de esa botella de Coliure, que trata de defenderse, y que le pasará lo que á las demás, especialmente si somos dos contra ella. ¡Cáscaras! tengo un humor soberbio, y Maese Biscarrós es un gran maestro. — Acercaos por ahí, Richón; vos habéis cenado ya, pero ¿qué importa? yo también he cenado, eso no le hace; empezaremos de nuevo.

— Gracias, barón, dijo riendo Richón; no tengo apetito.

— Admitido. Puede no tenerse gana, pero si debe tenerse siempre sed; probad ese Coliure.

Richón presentó su copa.

— ¿Conque habéis cenado, continuó Canolles, con vuestro canalita el vizconde? ¡Ah! perdonad, Richón. No, he dicho mal; al contrario, es un guapísimo chico, á quien debo el placer de saborear la parte más hermosa de la vida, en vez de haber entregado el alma por tres ó cuatro lucanas que trataba de abrir en mi pellejo ese valiente duque de Eperón. Yo estoy agradecidísimo á ese lindo vizconde, á ese gracioso Ganimedes. — ¡Ah! ¡Richón! me parece que tenéis cara de ser lo que dicen, el verdadero servidor del señor de Condé.

— Vamos, barón, exclamó Richón soltando una carcajada; no tengáis semejantes ideas, me hariais morir de risa.

— ¡Morir de risa vos! Vamos, esto no puede ser, querido:

Igne tantum perituri
quia estis.....
Landeriri.

— Ya sabéis lo demás, ¿no es así? Es un villancico de vuestro patrón, dicho sobre el río germano *Rhenus* un día que animaba á sus compañeros temerosos de morir ahogados. Diablo de Richón, ¡bah! No importa, tengo compasión á vuestro pequeño hidalgo: ¡interesarse así por el primer caballero que pasa!

Y Canolles se acomodó en su silla riendo á carcajadas, y acariciando su bigote con un parasismo de hilaridad, de que Richón no pudo menos de participar.

— Pero hablando con seriedad, dijo Canolles, mi querido Richón, vosotros conspiráis, ¿no es cierto?

Richón continuó riendo, pero con risa menos franca.

— ¿Sabéis que me han dado ganas de hacerlos prender, á vos y á vuestro hidalgo? ¡Voto vá! Hubiera sido chistoso, y sobre todo nada difícil, como que tenía á mi disposición los bastoneros de mi compadre de Eperón. ¡Ah! no había más que decir: conducid á Richón al cuerpo de guardia, y también á ese hidalgo! ¡bah! ¡bah!...

En este momento se oyó el galope de dos caballos que se alejaban.

— ¡Hola! dijo Canolles escuchando. ¿Sabéis qué es eso, Richón?

— Me parece que sí.

— ¿Y qué es?

— Es que parte el joven hidalgo.

— ¡Sin despedirse! exclamó Canolles; decididamente es un pobretón.

— No, no, mi querido barón; es que vá muy de prisa, y nada más.

Canolles arrugó el entrecejo.

— ¡Qué modales tan singulares! dijo. ¿Dónde se ha educado ese joven? Amigo Richón, os advierto que os

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIB. IOTACA UNIVERSITARIA

"ALEFANBU REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

nonra muy poco su amistad. ¡ Voto vá ! Yo creo que si le cogiera aquí le habia de poner las orejas coloradas. ¡ Llévese el diablo al bueno de su padre, que sin duda por mezquindad, no le ha dado maestro !

— No os enfadéis, barón, dijo Richón riendo. El vizconde no ha sido tan mal educado como le suponéis; pues al partir me ha encargado le disculpase con vos, recomendándome que os ofrezca sus servicios.

— ¡ Bueno, bueno ! dijo Canolles; eso es solamente incienso de corte, con que se convierte una grande impertinencia en una impolítica de poca monta, y nada más. ¡ Voto al diablo ! me habéis puesto de malditísimo humor, Richón : ¡ insultadme ! — ¿ Qué, no queréis ? Pues oid. ¡ Voto á Cristo, Richón, mi amigo, que me parecéis muy feo !

Richón soltó á reír.

— Con ese humor, barón, le dijo, seriais capaz, si jugásemos, de ganarme esta noche cien doblones. Ya sabéis que el juego favorece á los que están de mal humor.

Richón conocia á Canolles, y sabia lo que hacia dando este desahogo al mal humor del barón.

— ¡ Ah ! pardiez, ¡ el juego ! exclamó. Sí, ¡ el juego ! tenéis razón. Amigo mío, esa palabra me reconcilia con vos. Richón, ya me parecéis más amable; sois hermoso como un Adonis, y el señor de Cambes está perdonado. ¡ Castorin, una baraja !

Castorin acudió acompañado de Biscarrós; acercaron entre ambos una mesa, y los dos compañeros se pusieron á jugar. Castorin, que soñaba hacia diez años con una ganancia ilimitada, y Biscarrós que miraba el oro con codiciosos ojos, permanecieron de pie á los lados de la mesa mirándoles jugar. En menos de una hora, Richón, á pesar de la predicción que habia hecho á Canolles, le

ganó ochenta doblones á su adversario. Entonces Canolles que no tenia más dinero consigo, mandó á Castorin que fuese por más á su maleta.

— No hay para qué, dijo Richón, que habia escuchado esta orden : no tengo tiempo de daros la revancha.

— ¡ Cómo ! ¿ No tenéis tiempo ? dijo Canolles.

— No. Son ya las once, contestó Richón, y tengo que estar en mi puesto á media noche.

— ¡ Vamos ! ¿ Os burláis ? dijo Canolles.

— Señor barón, repuso Richón con gravedad; vos sois militar, y por consiguiente conocéis el rigor del servicio.

— Entonces, ¿ cómo no habéis pensado en marcharos hasta después de ganarme el dinero ? replicó Canolles entre risueño y amostazado.

— ¿ Acaso me reconvenís por haberos hecho compañía ? preguntó Richón.

— ¡ Oh ! no. — Sin embargo, os diré : yo no tengo maldita la gana de dormir, y voy á fastidiarme aquí horriblemente. ¿ Si quisierais que os acompañase, Richón ?

— Me es imposible aceptar ese honor, barón. Los asuntos de que voy encargado son del género de los que se desempeñan sin testigos.

— ¡ Está muy bien ! Os vais... ¿ hacia donde ?

— Iba á suplicaros no me hicieseis esa pregunta.

— ¿ Y hacia qué lado se ha ido el vizconde ?

— Debo responderos que no lo sé.

Canolles miró á Richón para convencerse de que no habia nada de burla en sus secas contestaciones; pero la mirada tranquila y la franca sonrisa del gobernador de Vayres desarmaron, si no su impaciencia, al menos su curiosidad.

— Ya está visto, dijo Canolles, que sois esta noche un puro misterio, mi querido Richón; pero nada, libertad